

BIOGRAFIA

DEL

Dr. José Eleuterio González.

.....El hombre benéfico que por cuantos caminos puede, y principalmente con su saber, va haciendo bien por donde pasa, es el mejor de los ciudadanos, es el hombre eminentemente social, cumple bien con su deber, se concilia el amor y el respeto de sus hermanos; y sobre todo siente la satisfacción interior, el inefable gozo y la deliciosa expansión del ánimo que siguen siempre á una buena obra.

JOSE ELEUTERIO GONZALEZ.

Los talentos y las grandes virtudes atraerán sobre el hombre el respeto y la veneración.

Lord Chesterfield.

I.

Reflexiones.



Al hemos pasado la vista por la brillante obra de Condorcet sobre progresos del entendimiento, ¡con cuanto asombro no quedamos sorprendidos al contemplar la enorme distancia que media entre aquellos

tiempos, en que el hombre atendía á sus necesidades con solo vagar por los campos, y ahora, en que esas necesidades centuplicadas, por decirlo así, exigen más trabajos y atenciones; en suma, entre el hombre salvaje, y el hombre sabio, entre la ignorancia y la ciencia! Dos palabras que implican nada menos que guerras, conquistas, asolamientos, incendios, despotismos, opresión, esclavitud, miseria, teorías, invenciones, leyes, elocuencia, filosofía, religión, libertad y progreso.

¡Que la humanidad para conseguir, ó mejor dicho, para vislumbrar el perfeccionamiento moral del hombre, haya tenido que sufrir tantas amarguras y penalidades! Tal ha sucedido, porque era necesario que la revolución de las ideas, móviles del ser inteligente, engendrara el movimiento en las naciones. Y para examinar esa revolución bienhechora del pensamiento, para saber su origen, sus razones, sus trascendencias, es necesario conocer al hombre de cuyo cerebro ha brotado. El hombre no es, como dice Hobbes, *lobo del hombre*, *homo lupus hominis*, máxima bárbara y sarcasmo de la moral: el hombre es maestro del hombre, es la ley del hombre, según Grocio, porque sólo él puede enseñarlo; y así vemos que los antiguos filósofos iban á otros países á buscar la ciencia, procurando siquiera el trato con personas tenidas al menos por doctas.

Los sabios de Grecia tuvieron á los sacerdotes de Egipto como sus maestros, y ninguno de sus filósofos se consideraba grande, sino hasta después de haber bañado, por decirlo así, su inteligencia con la agua lustral de la discusión con los misteriosos ministros del viejo templo de Isis y de Osiris. Allí se conservaban con veneración profunda los libros de Hermes, vistos como sagrados, y los cuales sin disputa forman las páginas más antiguas del entendimiento humano. "Del Egipto, dice el Dr. González en su Noticia histórica de la Anatomía, pasaron las ciencias poco á poco á las demás naciones, y sobre todo á la Grecia."

¿Y cómo se podría palpar el paulatino y creciente desarrollo de tal ó cual ciencia, de tal ó cual arte, si no nos ocupamos de la vida del que ha contribuido para su adelanto? Todas las ciencias tienen un punto de contacto, han dicho Bacon y el más insigne de los oradores, y aquel que desee sorprender ese enlace misterioso; que anhele profundizarse medianamente en el encadenamiento de los conocimientos, debe sin duda atender á los desvelos de quien contribuyó á formar un eslabón, el que, en virtud de ese prodigioso enlace, redundará en el afianzamiento, en el progreso de las demás. Las ciencias son hermanas: hijas de la necesidad del hombre tienden á satisfacerla, haciéndolo con su poderoso auxilio el dueño del mundo, el rey de sus criaturas.

Y aquel que, en los ilimitados campos de la investigación, ha encontrado una fórmula que, concretando una serie de leyes especulativas, dá con ella al poderoso brazo de la práctica un elemento más con que dominar la materia; ese en el curso de los siglos marca una etapa en la perfectibilidad del hombre. El hombre desde su origen no ha venido descendiendo, como se empeña en sostenerlo cierta escuela; sino, al contrario, ha venido peldaño por peldaño afirmándose en la escala de su perfección, conquistando ideas y sentimientos que, aunque empece al insigne autor del Contrato social, han puesto en su mano la palma de una civilización, que apenas si fué columbrada por los más grandes pensadores de la antigüedad. Ha llegado una época para los pueblos en que permanece estacionario, equivale á retroceder.

Y por eso la vida de los sabios no interesa á un sólo hombre, ni á una familia, y ni á un sólo pueblo; sino á la humanidad, cuyos pasos en el progreso débense á sus desvelos, á sus investigaciones y á sus descubrimientos.

II.

Su nacimiento.—Sus estudios.—Su venida á Monterrey.

Por nadie se nos podrá negar que en nuestra joven Patria, que marcha triunfante al porvenir, hay de esos hombres eminentes, cuyas ocupaciones todas, cuyos afanes y conocimientos tienen por único objeto el bien de sus semejantes, al dar á luz las producciones de sus raros y fecundos genios.

Uno de esos hombres es el Dr. D. José Eleuterio González.

Nació en Guadalajara, capital del Estado de Jalisco, una de las poblaciones de la República, el 20 de Febrero de 1813. Fué hijo legítimo, y menor que su única hermana Doña Josefa, del Capitan de milicias D. Matías González y Doña María Ana Mendoza, personas de excelentes cualidades y de muy buena aceptación entre las familias más acomodadas de aquella ciudad. Al año y medio de nacido le arrebató la muerte á su padre, siendo tal acontecimiento demasiado desconsolador para la Sra. Mendoza. Pero esta Señora; gracias al cielo, halló en el eminente Lic. D. Rafael del mismo apellido, su tío paterno, una protección y amparo que verdaderamente endulzó un tan-